

En el Campo hay Gente que se Muere de Hambre



Los chicos rodean a Lasca atraídos por el violín.

BIEN EXPRESIVO

Porque cada vez me convenzo más de que hay que arrancarse la venda de los ojos; EN LOS RANCHERIOS ES UN LUJO CASARSE, TENER HIJOS LEGÍTIMOS, APRENDER A LEER Y ESCRIBIR, SABER SACAR CUENTAS, Y TODO ESO, COMO LUJO QUE ES, ES SECUNDARIO.

Cuando uno ve que la escuela se preocupa por desanalfabetizar y pone todo su empeño en ello, se rebela contra esa preocupación intelectual y absurda. Porque allí hay veinte cosas más importantes, infinitamente más importantes que saber leer y escribir: comer, vestirse, lavarse, combatir el frío, limpiar las cabezas de piojos y los ranchos de toda su inmundicia.

LA FIESTA EN LA ESCUELA

Por la tarde hicimos nuestra fiesta. La recorrida por el rancho nos trajo mucho público. Casi nadie había visto cine en su vida y su sorpresa pasaba todos los límites cuando veían moverse a las figuras. Los grandes—viejos y jóvenes—se sentaban en los bancos; los pequeños en el suelo; en los ponchos tendidos sobre las baldosas.

Los títeres fueron otra sorpresa. Los muñecos hacían reír hasta desternillarse a gentes que parecía que no habían reído nunca. El violín de Lasca y las poesías recitadas por dos muchachas encantadoras, Laporta y Buzó, hicieron correr lágrimas por más de una mejilla curtidora. Otros daban charlas sobre distintos temas y no faltó quien diera una de esas charlas y saliera enseguida otro que hiciera la imitación grotesca de la misma, para hacer reír sanamente a aquella gente que no sabía lo que era risa.

Sin embargo esas primeras experiencias nos enseñaron algo que practicaríamos luego invariablemente: antes de la función, o en un entreacto, o en las dos oportunidades, daríamos de comer a los muchachos en adelante, un plato fuerte y caliente. Entonces sí, para ellos, la fiesta fue completa.

Así trabajamos en la cuchilla de Caraguatá durante cuatro días. El programa de trabajo era más o menos así:

Por la mañana temprano salían dos o tres grupos a recorrer ranchos para invitar a las gentes a la fiesta, conversar con ellas, averiguar sus modos de vida y llevarles algunas cosas que aliviaban su miseria. Otros se quedaban en la escuela, haciendo juegos con los niños, organizando clubs infantiles, dando clases de modelado de títeres, agronomía, etc.

Por la tarde se empezaba la función a las dos y media y seguía hasta el atardecer: títeres, recitados, música, charlas, alguna que otra payasada, etc. En los intervalos los muchachos comían un plato fuerte de polenta o avena laminada bien caliente.

En esos días vino a visitarnos una delegación de Tacuarembó: el Subinspector de escuelas Juan C. Santos, el Secretario de la Intendencia Baudilio Núñez Mendaro, el Inspector de Policía y el maestro Ramos, que venía como delegado de la Asociación de Maestros de Tacuarembó.

Nos llenó de alegría su afectuosidad y su comprensión por el trabajo que estábamos realizando, y su afán de compartir con nosotros, las duras condiciones de vida que nos habíamos impuesto.

En un rancho los estudiantes hacen títeres y música selecta.



NO SOMOS INDIOS

El primer día de recorrida llegamos a una casa de discreta apariencia. Nos recibió una señora y con toda amabilidad nos hizo pasar.

Llevó enseguida la conversación al terreno que le interesaba:

—Mi esposo gana 50 pesos y yo y mi hija cosemos para afuera. Ganamos bastante, y con eso podemos vivir. Somos pobres, pero no somos indios. Vds. verán que de Caraguatá se ha dicho muchas cosas; pero no las crean. Es gente que habla para hacerse conocer.

Nos habló de un estanciero vecino, amigo y protector del pobrerío, y nos explicó todas las ventajas que traía al pueblo aquella vecindad. Mientras, repatía como una multilla:

—Vds. se convencerán de que aquí no hay indios.

Esa expresión la veríamos después en boca de toda la gente más acomodada del lugar.

UN CASAMIENTO A LA CRIOLLA

Llegamos a una almacén donde se nos invitó a descansar y se nos obsequió con una copa y galletitas. En eso estábamos cuando nos pidieron que fuéramos —ya que sabíamos firmar— a servir de testigos para un casamiento en el Jurgado vecino.

Era otra cosa más para ver, y allí fuimos.

Los novios estaban allí y parecían escapados de sus quehaceres diarios para concurrir al registro civil. Ella tenía más de cuarenta años y él algo más.

Entre broma y broma le propuse a la novia:

—Yo tengo doce años de casado. Así que puedo proporcionarle algunos consejos que le van a ser útiles.

La respuesta pronta y en semi-portugués nos hizo reír de buena gana:

—¿Vocé me va a dar consejos? ¡Si hace veinte años que somos juntos!

Minutos después el Juez realizó la ceremonia que testimoniaron nuestros compañeros Juan Gómez Gotuzo —el "doctorcito"—, estudiante de medicina y magnífico muchacho que nos acompañaba, y Alcira Cardozo, la única de las compañeras que era mayor de edad y a la que llamábamos el Ángel Negro porque anduvo siempre perdida dentro de un poncho, de los llamados de la Patria, que le arrastraba hasta los pies.

Después el Juez nos explicó el origen de tan tardío matrimonio. Había venido a casarse una hija de ambos, ilegítima, y por ella se supo que los padres no eran casados y que había siete niños sin legitimar. Entonces el Jurgado en ese acto casaba y legitimaba gratuitamente, poniendo a toda aquella familia de acuerdo al Código Civil.

El Juez nos aportó datos interesantes acerca de la lucha por la legitimación familiar.

Discutimos, ya fuera del Jurgado, extensamente el punto con los compañeros. Yo sostenía que la legalización de la familia es un problema secundario y artificial en los rancharios. Mis compañeros sostenían con muy ajustadas razones lo contrario. Ahora, después de visto todo aquello, seguramente estarán conmigo.

EL jueves 5 hicimos nuestra primera recorrida por los rancharios. Para llegar a los primeros ranchos hubo que caminar más de media legua porque la escuela está muy distante del núcleo poblado. Fue el establecimiento de ésta un error de ubicación que hace caminar a los niños débiles y ateridos, más de una legua por día.

En el primer rancho adonde llegamos nos encontramos con un viejo ciego que había sido soldado de línea y tenía una serie de dificultades para cobrar sus liquidaciones porque le exigían ir a Tacuarembó —30 pesos de viaje— o a Montevideo —50 pesos— para regularizar algunos detalles sobre sus documentos de identidad. Nos contó que vino a Montevideo a operarse y que algún oculista, dejándolo igual que antes, le cobró los 700 pesos que había guardado en años de trabajo. Le prometimos gestionar su asunto en el Ministerio de Defensa y continuamos nuestra tarea.

Pasamos por otros ranchos. Se nos miraba con desconfianza. En todos ellos la misma mugre, el mismo abandono, la misma desesperanza.

Generalmente los ranchos son una sola pieza, con un camastro hecho con una tarima en un rincón. Al otro lado una tabla haciendo las veces de mesa. Y en el centro, frente a la puerta, donde hay más aire y luz, el fogón hecho con bosta de vaca seca, en el cual una ollita mugrienta, o una lata, contiene la comida del día.

Esta es, invariablemente, un caldo negro, de agua de cachimba sucia de barro, con algunas espigas de maíz o algunos boniatos —donde los hay. Muy rara vez se veían fideos; nunca arroz; nunca, tampoco, carne. Alguna cuchara o tenedor desvencijado y mugriento completaban el menaje.

El resto de la casa hacía juego con la olla. La cama está generalmente en un rincón y es o una cama inmemorial traída quien sabe de qué basurero, o una tarima de madera cubierta de lonas o de algún pedazo de cuero de oveja. Las frazadas son generalmente andrajos; restos de aquellas famosas "moritas", que de tiempo en tiempo aparecen en los repartos.

Preguntamos y se nos contestó que no había agua en la cuchilla. Que para traerla había que recorrer más de media legua y que como algún estanciero vecino prohibía que entraran a su campo a buscarla, había que ir más lejos aún a recogerla de unas charcas.

Algunos compañeros que iban por otro lado trajeron la noticia de que había un lugar donde el agua se vendía a real la lata.

Allí, en Caraguatá, el pobrerío no se lava. No vimos un solo pedazo de jabón, ni pelangana que hubiera sido usada. La mugre, la suciedad más inverosímil impera en toda su plenitud, especialmente entre los niños.

La ropa que éstos usaban —que por otra parte eran sólo andrajos— no había sido lavada ni remendada nunca.

Y el uno preguntaba por todo esto, invariablemente obtenía estas respuestas:

- No tenemos hilo.
- No tenemos jabón.
- No tenemos agua.
- No tenemos frazadas.
- No tenemos...

J. C.